

O: _____
PROPIEDAD INTELECTUAL
UNIVERSIDAD DE COSTA RICA
9 9 SET. 1999
L. B. D. I. 1

Editorial

D2

Hace veinte años, el Teatro Universitario (T.U.) era una dependencia de la Vicerrectoría de Acción Social de la Universidad de Costa Rica. Quien entonces era su Director, Juan Katevas Lazaratu, convocó a un grupo de profesores que habían estado cooperando con las actividades del T. U., para estudiar la posibilidad de publicar un órgano de difusión teatral, modesto y humilde, algo así como un boletín, que pudiese informar sobre los estrenos, la cartelera y el trabajo escénico. Así nació, en febrero de 1978, el BOLETIN del T. U., cuyo desarrollo fue la fase inicial de ESCENA, esta revista que ahora está usted leyendo, amigo lector.

Durante la preparación de cada uno de los nueve números del BOLETIN, se discutió muchas veces acerca del área que debería cubrir una publicación sobre el trabajo y la producción teatrales. El creciente desarrollo de la semiótica en nuestro medio, coincidente con la llegada de sus más representativos autores y títulos a nuestras librerías, fue el principal contexto de esos intercambios de puntos de vista.

No es casual, por tanto, que al transformarse la crisálida en el ser definitivo que hoy se llama ESCENA, se plantease ya en el editorial de su primer número que el propósito y la finalidad de su sentido está enmarcado en la (estética del espectáculo), una de las dimensiones de la teoría estética que, precisamente, la semiótica ha contribuido a destacar, diferenciándola en función de sus rasgos distintivos.

El espectáculo es, en estricto sentido, una experiencia de (ver-y-ser-visto), proceso cuyo nombre, no por pedantería, exige esta manera especial de escribirlo, toda vez que procura denotar simultáneamente, tanto el carácter presen-

cial y dialéctico de la (lectura) de los textos artísticos involucrados, como el entramado de diversos lenguajes y códigos en su desarrollo discursivo.

La hegemonía del lenguaje verbal en la producción dramaturgica, cede su dominio a la de lenguajes no verbales acústicos, visuales y comportamentales diversos, en la producción escénica. En culturas distintas de la nuestra, incluso, el espectáculo recurre asimismo a lenguajes olfativos, gustativos y táctiles. Y de hecho, por lo demás, los espectáculos masivos de nuestro tiempo en los países desarrollados de Occidente, como las presentaciones de bandas de rock o de cantantes que rompen los baremos de la popularidad, llevan en su manifestación textual muchos de esos lenguajes y códigos hasta ahora no usados.

La estética del espectáculo ha sido, por consiguiente, el espacio teórico y metodológico más adecuado para discutir sobre el valor de los lenguajes no verbales en la semiosis artística de los seres humanos. Esto ha supuesto, entre otras determinaciones, ampliar la mirada más allá del campo escénico del teatro y de la danza, y reconocer que hay otras formas de arte que poseen rasgos similares y afines.

En fin, que la historia de ESCENA ha ido por estos caminos y, a partir de este número, pasa de ser (revista teatral) a (revista de artes), para hacer honor a los textos en que los lenguajes no verbales, articulados o no con el verbal, urden un sentido que se reconoce (o, en otras palabras, se lee) en un proceso (espectacular), esto es, de ver y ser visto en una misma experiencia referencial estética.

Y ahora, abrimos las páginas de este número que trae las valiosas contribuciones de Giovanna Armellini Secchi, Roxana Avila Harper, Pedro Bravo Elizondo, Gerardo Bejarano Arguedas, Juan Carlos Calderón Gómez, Rodrigo Durán Bunster, Patricia Fumero Vargas y María Clara Vargas Cullell. Además, una obra de Stoyan Vládich Vasic y, en la Sección Rescate, a cargo de Alvaro Quesada Soto, una semblanza de Alfredo Castro Fernández con una referencia crítica a su obra **Aguas negras**.

¡Buena lectura! Y hasta la próxima.